

**ANSELMO LORENZO
Y LA INTERNACIONAL
(Bosquejo histórico)**
Mario Pommercy

AMERICO



LORENZO

y la Internacional

(BOSQUEJO HISTÓRICO)

por Mario Domínguez

Anselmo Lorenzo. Breve apunte

El día 30 de noviembre, del año 1914, fallecía en Barcelona, la ciudad de las gestas heroicas, el internacionalista y hombre íntegro como pocos Anselmo Lorenzo, precursor del movimiento sindical y anarquista de España. El entierro fue una manifestación de duelo, a la que se adhirieron todas las clases obreras de la capital, sin color ni tendencia alguna, deseosas todas de rendir al hombre íntegro un tributo de admiración a su labor proselitista por sus reivindicaciones sociales.

España entera sintió su muerte como cosa propia, en carne viva; intelectuales, políticos y proletarios, remitieron su condolencia a sus familiares por tan irreparable pérdida. El hombre que había dado su vida a la causa del pueblo, desaparecía, y desaparecía, después de haber sufrido persecuciones, destierros y cárceles, sin haber disfrutado nunca una alegría ni una satisfacción plena, excepción de aquellas que da el deber cumplido y el de verse amado y admirado por sus hermanos de explotación.

Cuando se pierde un hombre de las condiciones morales como las que poseía Anselmo Lorenzo, no podía adoptarse otra actitud que acompañar el dolor a cuantos le trataron, porque a todos les tocaba de cerca la desgracia, desgracia

en todo el amplio sentido de la palabra, porque no se podían rehacerse de ella por mucho que se quisiera conservar.

Hombre bueno, humilde, sencillo, trabajador, educador de masas y orientador de militantes en las avanzadas proletarias, lo dio todo: vida y libertad; hombre de este temple había de ser admirado por todos cuantos se han preocupado, poco o mucho, por mejorar las condiciones de vida del género humano, y así llegó la fecha triste de su desaparición.

Si el lector cree que exageramos, le invitamos a leer a continuación los datos biográficos que, de Anselmo Lorenzo, se desprenden de una vida activa, abnegada y ejemplar, de un trabajador manual que, lo mismo vivió del manejo del componedor, que de la pluma, privilegio éste exclusivo de cerebros inteligentes. A ellos nos remitimos como prueba irremisible de cuanto expuesto queda, asegurando que nos quedamos cortos en elogios y en alabanzas, ya que nuestra modesta pluma no se halla acostumbrada a tan vastos menesteres.

En esta ocasión —como pocas quizás— está justificadísima la alabanza, ensalzando a la persona que supo vivir una existencia de noventa y siete años, trabajando, educando y educándose a sí mismo, sin pasar de obrero laborioso.

Atención, pues, que vamos a dar datos y fechas de lo mejor de su vida, de los más ricos episodios sociales, donde aparece en el escenario español la semilla de una idea hecha doctrina para redimir a los que trabajan sin esperanzas de ser atendidos.

A este hombre, amigó lector, se le debe mucho de lo que sabemos y de lo que disfrutamos en el taller, en la fábrica, en la oficina y en el campo. Él fue quien ilustró nuestra inteligencia, y él fue quien nos señaló el camino para conseguir nuestras reivindicaciones; por eso, hoy lo traemos a la faz del mundo para que lo sepan quienes lo ignoraban, que, por pereza unos y por ingratos otros, no supieron darle en las páginas de la historia el lugar que se merece.

Este es nuestro maestro: Anselmo Lorenzo.

Los primeros pasos de Anselmo Lorenzo

I

Nació Anselmo Lorenzo en Toledo, el 21 de abril de 1841. Fueron sus padres de condición humilde, y no pudiendo dar al hijo los estudios necesarios para que mostraba afición y aptitud. Pocos años pudo concurrir a la escuela primaria, y cuando creyeron que sabía bien las cuatro reglas de la Aritmética y escribía correctamente, le enviaron a Madrid, en busca de un tío carnal para que le colocara de aprendiz en el comercio y le tuviera bajo su protección y guía.

Pero el joven Lorenzo no sentía afición ni inclinación alguna por el comercio ni por los números, y, aficionado a la lectura, que devoraba cuanto papel impreso llegaba a sus manos, eligió el oficio de tipógrafo, creyendo encontrar en él historias instructivas y romances bellos que le proporcionarían solaz y cultura; nada de esto halló en sus comienzos, teniendo que componer originales para el *Diario Oficial de Avisos de Madrid*.

No se desanimó por esto. A fin de ampliar su instrucción se alistó a las clases nocturnas que se explicaban en la Sociedad de Menestrales que se llamó primero *La Velada del Artesano*, y después *Fomento de las Artes*, cursando simultáneamente Aritmética, Gramática y Francés, siendo pre-

miada su aplicación con varias medallas que, por cierto, las impuso sobre su blusa don Segismundo Moret y Predesgat, director de estudios y catedrático, y más tarde ministro, Presidente del Consejo y autor de la Ley de Jurisdicciones. No obstante la distancia de clase de Lorenzo y Moret, fueron fervientes amigos, que sólo la muerte cortó la amistad de ambos.

En el *Fomento de las Artes*, año 1864 y 65, oyó por primera vez doctrinas sociales que luego más tarde había de oír de boca del enviado de Bakunin. Los definidores de estas doctrinas eran dos jóvenes catalanes llamados Cuaranta y Simón, y después había de expresarlas con más claridad, juicio propio y lógica contundente, Serrano y Oteiza, inspirador de *La Revista Social*, la mejor de las revistas anarquistas aparecidas en España.

En aquella Sociedad hacían propaganda carbonarios, masones, republicanas barricadores y republicanos teóricos, filósofos, anticlericales y todo cuanto había de servir, pocos años después, para producir efervescencia en el período del triunfo de la revolución de septiembre.

¡Qué época esta que todo se acogía con pasión y entusiasmo! Las conferencias dadas eran controvertidas por otros que no aceptaban sus tesis; un catedrático, que

apuntaba como inmoral el "robo", y otros que lo tildaban de "moral" cuando se daba de comer.

Era tanto el afán de saber de Lorenzo que, al constituirse en el *Fomento de las Artes* la Masa Coral, a ella entró nuestro hombre, adquiriendo rudimentos conocimientos de música, depurando su bien gusto nativo. La voluntad férrea de que era poseedor para aprender, lo hizo ser más tarde el hombre preciso e insustituible para los problemas sociológicos.

Había de venir una nueva aurora, y ésta la recibió entre otros, Anselmo Lorenzo; él recogió la semilla, que hoy recogemos en frutos sazonados. La doctrina socialista libertaria tuvo buenos sembradores para esparcir por doquier su labor. Por España, por Portugal, por las distintas Repúblicas de América de habla española, fueron los precursores a llevar su grano a las masas laboriosas predicando la buena nueva.

Llega Fanelli a España y forma el grupo internacional

II

Llega José Fanelli, con quien confraterniza al momento y a quien distingue de todos los demás compañeros por su cultura positivo y por su conocimiento del francés, y, sobre todo, por su carácter y comprensión de cuanto exponía. Este suceso ocurría allá por el año 1868. Hay que decir que Lorenzo, antes de hablar con Fanelli había leído obras de Proudhon, extractos de obras de Fourier y artículos socialistas de Pi y Margall en *La Discusión*.

La reunión tuvo efecto en casa de Ruban Donadeu. Las sesiones fueron tres o cuatro, en las que Fanelli era quien llevaba la voz cantante, empleando el francés, que lo entendían a medias algunos, pero todos se sintieron identificados con el pensamiento del apóstol, más bien por la mímica expresiva que por las palabras que expresara.

El núcleo organizador —según dice Lorenzo— lo formaban los siguientes compañeros: Ángel Canegorta, sastre; Manuel Cano, pintor; Francisco Mora, zapatero; Marcelino López, zapatero; Antonio Cernido, dorador; Enrique Borrel, sastre; Anselmo Lorenzo, tipógrafo; José Fosyel, tipógrafo; Julio Ruban Donadeu, litógrafo; José Adsner, cordelero; Miguel Langara, pintor; Quintín Rodríguez, pintor; Antonio Gi-

meno, equitador; Enrique Simancas, grabador; Ángel Mora, carpintero; Tomás Fernández, tipógrafo; Benito Rodríguez, pintor; Francisco Córdoba y López, periodistas; Juan, Jacove, pintor; Tomás González Morago, grabador; Tomás González Velasco, tipógrafo.

Como se ve, el oficio que dominaba entre los precursores del movimiento proletario era el de las Artes Gráficas, estos es, tipógrafos, grabadores, litógrafos y periodistas uno. Le siguen a éstos los pintores y sastres. ¡Gloriosos estos abnegados trabajadores que supieron sustraerse al interés y al egoísmo!

Reuniones en casa de Corredor, en los. Paseos públicos; cafés y demás sitios donde hubiera reunidos más de dos o tres personas, de las que se salían muy satisfechos los propagandistas, puesto que pocos eran los que escuchaban indiferentes todos a los problemas intrincados. Llovieron las controversias en liberales y republicanos, que veían en las nuevas doctrinas un enemigo acérrimo de sus Partidos de esencia burguesa.

Anselmo Lorenzo fue vocal del Grupo Madrileño y redactor de *La Solidaridad*, cargando con todo el trabajo de Redacción por su amor al estudio y a las ideas que acaba de abrazar. Aportó, como decimos, todo un caudal de inteli-

gencia, por ser poseedor de gustos afinados por la lectura y estudio de los maestros. Redactó asimismo, Manifiestos, alocuciones, mensajes, llamamientos, protestas e incluso los carteles que habían de ser fijados en las paredes con un **iAlto!** incitante para el pueblo.

Junto con Borrell, Mora y Morago fue Anselmo Lorenzo al Congreso de Barcelona, el año 1870, siendo elegido miembro del Consejo Federal, pasando por mil tropiezos e inconveniencias por causas de mala inteligencia de sus componentes, hasta llegar a la Conferencia secreta de Valencia, donde se le eligió delegado a Londres, partiendo sin esperar el término de sus sesiones, a fin de no llegar tarde a las tareas del Congreso Internacional, el que estaba señalado para el día siguiente.

En Londres fue recibido por Carlos Marx, hospedándose en su casa la noche de su llegada:

“La hija mayor, Juana Marx, joven de hermosura ideal, incomprensible para mí —dice Lorenzo— por no tener semejanza con, nada, en cuanto respecta a hermosura femenina, de lo que había visto basta entonces, conocía el español, aunque, como su padre, pronunciaba mal, y me toma por su cuenta para que leyera algo, por gusto de oír la

pronunciación correcta; me llevó a la biblioteca, grande y atestada de volúmenes, y de un armario, dedicado a la literatura española, tomó dos libros, *El Quijote*; otro, una colección de dramas de Calderón; del primero leí el discurso de Don Quijote a los cabreros, y del otro, aquellas tiradas de versos grandilocuentes y sonoros de *La vida es sueño*, reconocidos como joyas del idioma español y concepciones sublimes del pensamiento humano. Las explicaciones que intenté para hacer resaltar los primores de fondo y forma, resultando inútiles, porque mi joven y hermosa interlocutora tenía ilustración y delicadezas sobradas para el caso, como lo demostró añadiendo a mi exposición muchas otras consideraciones oportunas y atinadas que jamás se me habían ocurrido”.

Los resultados de la Conferencia, para Anselmo Lorenzo fueron desastrosos, que de no tener bien definidas sus ideas, hubieran quebrantado su fe. Sin ambiciones ni apetencias de jefe, no obstante ser halagado constantemente por las primeras figuras del movimiento internacional, no intervino en los apasionados debates. “Puede asegurarse -dice- que toda la sustancia de aquella Conferencia se redujo a afirmar el predominio de un hombre allí presente,

Carlos Marx, contra el que se supuso pretendía ejercer otro, Miguel Bakounine, ausente”.

Como resultado de todo el torneo oratorio, se acordó no admitir a la Federación que ya se llamaba del Jura, la disolución de la Alianza de la Democracia Socialista, no tolerando con ello lo que Marx y sus secuaces decían organismos secretos dentro de la Internacional, y de la necesidad de la acción política de los trabajadores como clase.

Lorenzo, ante el ambiente adverso a las tendencias ideológicas de que era poseedor, se concretó a presentar la Memoria sobre organización formulada por la Conferencia de Valencia, causando gran efecto aquel engranaje de Sociedades y Federaciones de todos los oficios, de oficios similares y de oficio único, con sus Comisiones de propaganda y correspondencia, sus estadísticas, sus Congresos, sus Cajas de Resistencia y toda aquella vida intelectual y de acción capaz, de ser practicada, de efectuar no sólo la Revolución social en breva plazo, sino de organizar por su propio funcionamiento la sociedad futura.

No era extraño que fuese bien acogida esta oposición orgánica, puesto que habían puesto sus manos hábiles y ágiles cerebros como los de Mora y Lorenzo. El informe fue enardecido con una resolución: “La Conferencia da gracias

fraternalmente a la Sección Española por su trabajo sobre la organización internacional, que prueba una vez más su abnegación por la obra común”.

Como remate a las tareas de la Conferencia, se efectuó una merienda de despedida, hablando con tal motivo delegados de diversos países, viéndose obligado a hacerla Lorenzo a instancias de los delegados, haciéndolo en castellano, siendo aplaudido cuando Federico Engel tradujo al francés e inglés el contenido del discurso.

Volvióse a España “poseído de la idea de que el ideal estaba más lejos de lo creído, y de que muchos de sus propagandistas eran sus enemigos”.

Lorenzo en Valencia.

Sale de Valencia para Barcelona, Vitoria, Bilbao, Burdeos y Marsella, en busca de trabajo

Vuelta a Madrid, se halla Lorenzo con la grata noticia de su nombramiento como miembro del Consejo Regional nombrado en Valencia, al que dio cuenta de su cometido y de sus impresiones, sin ocultar su desagrado por las luchas intestinas en aquel comicio.

Pronto nuestro hombre se reintegró al trabajo de cajista a destajo o a líneas, como, se decía, en *El Imparcial*, prestando además su actividad acudiendo a las reuniones del Consejo, sino que también en la Redacción de *La Emancipación*, publicando artículos y notas internacionales, a la par que, atendiendo al Secretariado de la Comarca Este, para la que había sido designado.

Hemos de hacer notar aquí, para el buen juicio del lector, que para la buena marcha de las Secciones se había creado en el Consejo cinco Secretariados, a saber: Comarca del Norte, Paulino Iglesias; del Sur, José Mesa; del Este, Anselmo Lorenzo; del Oeste, Hipólito Pocu, y del Centro, Víctor Pagés. De esta manera se atendía debidamente a todas las Secciones que pedían informes y detalles a la par que orientaciones.

Vienen en este tiempo los sinsabores, resultado de las luchas intestinas enconadas al más furor extremo; Lorenzo viaja de propaganda por Andalucía, conociendo poco más tarde en Madrid a Pablo Lafargue. En las Cortes españolas se discutía la legalidad de la existencia de la Internacional, dirigiendo toda clase de insultos a los trabajadores que aspiraban a redimirse de la esclavitud capitalista. A los insultos y ataques de los gobernantes, los internacionalistas retanlos a controversia pública en un mitin celebrado en el teatro Rossini, de Madrid, sin tener gallardía de acudir al reto. En este acto Lorenzo lanzó aquellas sus frases: "Si a la Internacional se la declara fuera de la Ley, la Internacional declara a la Ley fuera de la razón y de la justicia".

Los debates en las Cortes fueron continuos, y en la sesión del 22 de mayo de 1871, el diputado Baldomero Lestán presentó la siguiente proposición: "Pedimos al Congreso se sirva declarar y hacer presente al Gobierno, y a los efectos oportunos, que ha visto con profundo disgusto la conducta del gobernador de Barcelona violando los artículos constitucionales que autorizan a los ciudadanos para reunirse y asociarse". Esta proposición fue motivo de una huelga de los trabajadores de la casa Batllé, en que la autoridad cometió la arbitrariedad acostumbrada, y los obreros se defendieron con esa arma poderosa.

Era ministro de Gobernación el astuto Práxedes Mateo Sagasta, que con mentiras sagaces replicó a los defensores de la Internacional. Inútil será advertir que la proposición fue rechazada. Pero no paró aquí la persecución del Gobierno a los internacionalistas, teniendo éstos que escapar al extranjero la mayor parte de los elementos del Comité.

Ya en contacto con Lafargue, fue designado Lorenzo para redactar el dictamen sobre la propiedad, el mismo que forma parte del segundo volumen del *Proletariado Militante*, declarando el propio Lorenzo que él sólo hizo que ayudarle con datos y la redacción en castellano que aunque Lafargue conocía por ser cubano, no lo escribía correctamente.

En el Congreso de Zaragoza fue nombrado Lorenzo secretario general del Consejo Federal que había de residir en Valencia, saliendo para Madrid, a fin de recoger libros y papeles pertenecientes al archivo de la Sección Regional Española, y encamínase a tomar posesión del cargo que le había de causar múltiples peripecias durante algún tiempo de su permanencia en la ciudad del Turia.

Ni corto ni perezoso despidióse cordialmente de sus compañeros del Segundo Consejo y de *La Emancipación*, de Lafargue, de Su querida madre y hermanos, y marchó a Valencia. En Valencia fue recibido con demostraciones de ale-

gría por los compañeros, no tan cordial y efusivamente como él creía y esperaba.

Los nuevos compañeros de Lorenzo, de Valencia, eran aliancistas acérrimos, en relación permanente con los elementos de Barcelona, con Morago, sospechando de la sinceridad de Lorenzo por sus amistades y por haber colaborado con Pablo Lafargue en el informe, acerca de la propiedad, leído en el Congreso de Zaragoza.

La división de marxistas y bakunistas, surgió en el seno de los internacionalistas; la instancia de Lafargue en Madrid contribuye a ello sobremanera. Llegaron las expulsiones, y las Redacciones de *El Condenado* y *La Federación* de Barcelona, envenenaron las pasiones de los militantes internacionalistas, y contra los expulsados de *La Emancipación* pugnarón unos y otros atacando firmemente. Lorenzo se vio indeciso a causa de las amistades y simpatías que había adquirido con todos, pero no dejó un instante de cumplir sus deberes.

Los amigos y compañeros de Madrid le instaban a sumarse a ellos contra los aliancistas, pero no cayó en las redes de los autoritarios. Profesaba las ideas de la Alianza, era anarquista de cuerpo entero, pero no se atrevía a romper con nadie. Los mismos compañeros de Consejo le dirigían

preguntas insinuantes o intencionadas, y hasta incluso le abrían equivocadamente las cartas a él dirigidas personalmente desde Madrid. No pudiendo aguantar esta situación decidió dimitir del cargo.

Se le rogó la retirara, se le pidió disculpas de cuanto ocurría, pero la dimisión le fue aceptada. Fue este un momento de gran inquietud para el que se creyó siempre sincero y dispuesto al sacrificio por la causa de los oprimidos. No obstante todas las dudas de los componentes del Consejo, se hizo constar que Lorenzo había cumplido con plena satisfacción de todos. Difícil situación: “Ni ellos ni yo —dice Lorenzo— estuvimos nunca satisfechos”, añadiendo en el *Proletariado Militante* a este respecto: “La verdad es que de la Federación de Barcelona se recibían indicaciones que parecían órdenes y que se acataban”.

Se había creído que en el Congreso de Zaragoza se habían resuelto las rencillas y las diferencias de criterio habidas en los componentes del Consejo Federal, y no era así: “Las antipatías —dice Lorenzo—, convertidas en odios, revestían carácter de lucha de ideas, y de ese modo la línea divisoria se hizo más grande y más profunda. De la enemistades de Mesa y Morago se partió a la de Marx y Bakounine, hasta llegar a la división de autoritarios y anarquistas”.

Aquí tiene el proletariado español el origen de sus diferencias doctrinales y tácticas; marcando distintas fases en el movimiento emancipador, por fuerza había de surgir la división y la formación de organismos dispares.

Pero sigamos con el curso de la historia de nuestro Maestro, rica en incidentes y pormenores de su vida activa, agitada, y... discutida hasta de sus propios compañeros de Organización, pero que hoy, a los veinticuatro años de desaparición del mundo de los vivos, resplandece, se eleva como modelo de sinceridad, abnegación y energía, el luchador en todos los sectores del proletariado español.

Y declara con dolor, al abandonar Valencia: "En los dos meses que permanecí en Valencia sufrí mucho por la desconfianza que los componentes del Consejo Federal tenían conmigo". Y agrega: "Los Compañeros de quienes me separaba, jóvenes entusiastas, tenían fe en las teorías que aceptaban; también yo tenía esa fe, pero, necesitaba que de la misma participaran los trabajadores que entraban a formar parte de la Organización y que se extendía al proletariado en general. No me bastaba un credo; necesitaba un programa en cuya realización, concordara la totalidad de la energía y de la voluntad de cada uno de los individuos que integraban la totalidad del pueblo trabajador".

Salió de Valencia con dirección a Barcelona, verdaderamente contristado, no atreviéndose a visitar a los compañeros que participaron de las tareas del Congreso de 1870, temeroso de no ser bien recibido donde dos años antes llegó por primera vez "rebosante de alegría". Inútil será decir que le acompañaba una bolsa exhausta de dinero; pero tuvo la fortuna de llevar consigo de compañero de viaje a un camarada, como ahora se dice, valenciano, desconocedor de la población, viéndose obligado a servirle de guía, conduciéndole al Ateneo Obrero, instalado en la calle Mercaders, con objeto de entrevistarse con Rafael Farga

Dudoso Lorenzo de si se presentaba junto con el compañero valenciano—que no dice su nombre— se decide ir a descansar la noche a una posada, sin ver ni hablar con ningún elemento conocido de la organización. Su dolor habría de ser grande al tener que adoptar esta resolución, por cuanto amaba a los compañeros de ideas.

Pasada la noche, descanso fugaz, toma el tren para Vitoria, donde llegó dos días después, yendo a parar a casa de un antiguo y verdadero amigo, Manuel Cano, siendo tratado como un hermano más que como un amigo, estando en su compañía unos dos meses, y contra la voluntad del amigo y de su compañera, Lorenzo se traslada a Bilbao, donde

esperaba encontrar trabajo, ya que en Vitoria no le fue posible ocupar sus brazos.

Pero su corta permanencia en Vitoria —genio organizador—, no fue estéril para las ideas; relacionado con un corto número de obreros a quienes su amigo Cano iba preparando, formaron, una Sección Varia, que mandó su adhesión a la Federación Regional Española, explicándoles a sus componentes los fines revolucionarios de la Internacional, a la vez que les hizo una crítica de la sociedad capitalista. Esto ocurría durante los meses de julio y agosto de 1872, en plena guerra civil, donde todos estaban intrigados en las luchas políticas.

A Bilbao llegó Lorenzo junto con Alerini, compañero de Barcelona, ya conocido por su actuación en diferentes Congresos de la Federación y miembro de la Alianza Socialista. He aquí lo que dice Lorenzo, de este internacionalista:

“Entre Alerini y yo sólo había un punto de contacto y este era profundamente la buena fe. Simpatizamos pronto y profundamente, pero no pudimos entendernos; no sólo era aquél un apasionado, sino que por añadidura era un impulsivo y un impaciente; daba más importancia a la violencia que a la persuasión, no viendo para el triunfo del

ideal más enemigos que los privilegiados y los autoritarios, sin contar para nada la inmensa mole de obstáculos que oponen al progreso los mismos desheredados con su ignorancia misimista”.

Este retrato de Alerini hecho de mano maestra, da a conocer el carácter y la idiosincrasia de Lorenzo, distinto de muchos otros que han seguido sus pasos y sus doctrinas.

En Bilbao fueron recibidos bien por un corto número de compañeros allí existentes, donde le proporcionaron a Lorenzo trabajo de su oficio, embarcando para Holanda Alerini, quien representó en el Congreso de La Haya a la Federación Española, como asimismo en Saint-Inier, volviendo a Barcelona más tardé.

Relacionado con los compañeros que aun no se habían contaminado la enfermedad del “personalismo”, aceptando las ideas de la Internacional en su pureza y la orientación anarquista como una aspiración. Existía en Bilbao una Sección Varia, no habiendo sido posible organizar Secciones de oficio por falta de actividad en los organizadores y por otra cosa peor, por resistencia pasiva en los trabajadores de la localidad.

Pero libre Lorenzo de las luchas personales que tanto le apenaron en Valencia, y de los ataques injustificados de

Barcelona y Madrid, nuestro hombre se sentía otro, y empezaba la propaganda por las ideas, olvidando lo pasado, teniendo fija la mirada tan sólo en aquellos trabajadores sometidos a la dura explotación para hacerles comprender lo inicuo de su situación y la necesidad de reconcentrar su atención en la Asociación, proclamada en la Internacional.

El mitin causó gran pavor en la burguesía bilbaína, creyente de que sus explotados no podían concebir otras ideas que las proclamadas por ellos. Allí se habló de religión, de política, del régimen social y del objetivo de la Internacional, que había de regenerar la sociedad por medio de la Revolución social.

Poco tiempo duró su estancia en Bilbao, dos meses a lo más; la inseguridad del trabajo y su poca remuneración, le hizo concebir la idea de trasladarse a Francia. Valiéndose de la relación de un marino internacionalista emprendió el viaje a Burdeos, en donde le aseguraron hallaría trabajo tan pronto llegará, y así fué, por fortuna.

En Bilbao, su propaganda chocó con el ambiente de lucha entre liberales y carlistas, y en Burdeos había de hallarse con otro obstáculo más peligroso, pero que no rehuyó por ello. Allí estaba en la política y en plena lucha electoral, y en ocasión de celebrarse elecciones para elegir un diputa-

do, tomó parte en un acto público para combatir la idea y proclamar bien alto los principios de la Internacional, practicando la solidaridad obrera internacional, que ha de darnos la libertad plena.

Ocurrió que, estando aún en París funcionando los Consejos de guerra con leyes de excepción por los recientes sucesos de la Commune, el atrevimiento de Lorenzo fue grande, exponiéndose a caer en las garras de la ley que, por ser extranjero desconocedor de la situación, corría el peligro de ser expulsado. Hallándose en Burdeos —explica el propio Lorenzo— ocurrió la proclamación de la República en España, hecho que no le cogió de sorpresa ni le entusiasmó para nada, conocedor como era de la situación política del país.

En estas circunstancias, faltándole trabajo en Burdeos, llegó a verse bastante mal que, con sus anhelos de propaganda, no podían satisfacerle en aquel medio obrero saturado de preocupaciones políticas, decidió trasladarse a Marsella con escasos recursos, monetarios, que le obligó a detenerse en Montpellier y Cette para trabajar unos días y recoger lo suficiente para llegar a Marsella, cosa que no hubiera sido posible, de no hallar la solidaridad de los compañeros y vender, en veinte francos su reloj, que le había costado en Madrid sesenta pesetas.

Ya en Marsella, sus primeros pasos los encaminó hacia una imprenta que vio al recorrer las calles de la ciudad. Entró a trabajar pues, en el diario *Le Semaphore de Marseille*, ganándose la vida de una manera regular; unas veces trabajando en "obra" y otras, reemplazando a alguno de los obreros que trabajaban en dicho periódico. Creía Lorenzo obtener plaza efectiva y trasladar a su madre, pero las ilusiones no fueron realidad; la plaza que esperaba se la dieron a un obrero del país; su condición de extranjero le privó de ese goce.

Muchas desilusiones llevó de su estancia en Marsella, creyendo hallar en ella la capital revolucionaria que todos creemos ver en los pueblos de Francia, viendo sin embargo todo francés, en un español, un clerical ignorante y retrasado, siendo ellos los ilustrados y los avanzados. ¡Las mentiras convencionales de que nos hablan los sabios!

Contra ese ambiente no podía luchar. Incluso les extrañó a sus compañeros de trabajo que tatareara el coro de **Los Hugonotes**, extrañados de que un español hubiera visto ópera en Madrid, en la creencia de que en España sólo se cantaba y se bailaba bolero. Decidió, pues, Lorenzo salir para Barcelona, donde le hallaremos en el capítulo siguiente.

Lorenzo se dirige rumbo a Barcelona

En marzo del año 1874 embarcaba Lorenzo con rumbo a España, con escala en Barcelona, donde había de echar raíces, y donde le sorprendió la muerte.

En Marsella no encontró lo que esperaba; los amigos de tertulia del Café Glaciar, en la Cambiere, no se interesaban por los problemas hondos que en el proletariado internacional andaban inquietantes. Los compañeros de trabajo de la imprenta *Le Semaphore de Marseille*, como demostración de amistosa despedida, le hicieron una recolecta ascendiendo a la suma de 70 francos lo recaudado.

Con este caudal y el de sus conocimientos, y la esperanza de hallar trabajo, cayó en la ciudad de los Condes, siendo bien acogido por los compañeros de otros días, aun contra lo que él pensaba.

Los primeros pasos del viajero que llega a Barcelona son los de la Rambla, y Lorenzo también había de seguir este curso del camino. En ella bailó al amigo y compañero, el doctor García Viñas, hallándolo cordial y afable, quedando de acuerdo los dos en verse más tarde en compañía de otros viejos conocidos en el café, la misma noche del encuentro. Allí acudió Lorenzo, encontrándose de nuevo con Farga, Albagés, Pellicer, Llunas, Sabauil, Nácher y su ya

amigo y compañero José Miranda, quien se lo llevó a su casa, rompiendo el compromiso adquirido en otra.

Los primeros días de su estancia en Barcelona fueron dudosos, pesándole el no haber pasado de Marsella a París en vez de dirigirse a Barcelona. Pero luego se sintió feliz; trabajó seguro, y un hogar amable de amigos que, más tarde, por la muerte del mismo, José Miranda, se convirtió en el suyo, uniéndose libremente con la que fue compañera del amigo querido.

Figuró como corredor de una editorial, bien retribuido, e ingresó en la Sección de la Federación Barcelonesa, emprendiendo una nueva actividad en todos los órdenes de sus energías.

Barcelona atravesaba por una situación excepcional, e imperando una gran reacción, desplegando la burguesía una labor de represión cruenta. El Ateneo Obrero se hallaba disuelto, suprimida la publicación de *La Federación*, órgano de la Federación Barcelonesa de la Internacional; reducidas muchas Sociedades o actuando clandestinamente; la Secretaria y Archivo del Centro Federal de las Sociedades Obreras, recogida y limitada su actuación. Todo parecía entrar en un período de quietud e inercia.

No fue así. En junio de 1874 pudo celebrarse, secretamente, en Madrid, el IV Congreso de la Federación Regional Española, con la presentación de 48 Federaciones Locales, en el cual la Comisión Federal dio lectura de una extensa Memoria exponiendo lo ocurrido desde el Congreso de Córdoba en enero de 1873, hasta el 18 de junio de 1874.

Entró a formar parte de la Sección de Tipógrafos de Barcelona, que en aquel entonces era muy reducido el número de asociados, siendo bien acogido. Entre los allí reunidos estaban Farga, Roses, Llunas, Sanmarti, Suñol, Michel y algún otro de los buenos luchadores. Lorenzo fue propuesto para delegado al Consejo Local, a propuesta de Farga, que dudaba aún de las ideas aliancistas de nuestro hombre, pero que bien pronto se cercioraron de que podían descansar tranquilos, por la entereza y lealtad del viejo internacionalista.

Poco después de ganarse la confianza de los compañeros, a invitación del doctor García Viñas, convocaron a una reunión clandestina en las playas de la Barceloneta a constituir un grupo que orientara, fuera del marco materialista, a las Sociedades obreras, y después de exponer la idea, le advirtieron que aquello que proponía existía ya, y que no había dejado de funcionar, pero que convenía que se creyera no

existía, para mejor actuar en nombre de la Alianza; gracias a ella la Internacional existía en España.

Muchos fueron los que creían en la disolución de ese núcleo orientador, proponiendo rehacer la federación local, con lo que, haciéndolo así, dividían a los trabajadores en distintas tendencias, convocados al efecto a una reunión en un salón de un café de la calle Parlamento. Como este trabajo no respondía a detallar en un todo la actuación del proletariado de aquella fecha, y sí sólo en lo que respecta a la participación personal de Anselmo Lorenzo, diremos que también en esto tuvo parte activa nuestro compañero y que no salieron los iniciadores de aquella renovación de normas, del todo con sus intentos.

La vida de Lorenzo en Barcelona iba desenvolviéndose con agitada nerviosidad; trabajó en la imprenta regentada por el prodigioso Farga Pellicer —La Academia—; más tarde, en la imprenta de Espasa, pasando de allí a la del Hospicio, de donde salió para trabajar en la Escuela Moderna, a petición de Ferrer Guardia, al fundar la editorial, entrando como traductor y autor de algunos libros, entre ellos de una gramática castellana y un excelente sinopsis gramatical para uso de los correctores de imprenta. Pero de su labor literaria hablaremos en otro capítulo, puesto que, por su extensión y valores, requiere se haga aparte.

La Internacional vivía de precario en España; no obstante, se celebraron varios Congresos, y los aliancistas iban preparando la necesidad de intensificar las doctrinas anárquicas. En Córdoba se celebró, en el año 1873, el III Congreso, y en Madrid, el IV al año siguiente, secretamente, donde se tomaron decisiones efectivas y la revisión de Estatutos de la federación Regional Española. Lo propio sucedía a la Internacional, celebrándose en Berna (Suiza) el VIII Congreso, donde estuvo representada, no obstante su clandestinidad, la Sección Española. En 1877 se reunía en Verviers (Bélgica), anunciando que el próximo Congreso se celebraría en Suiza y hasta su celebración la Oficina Federal residiera en Bélgica. El tal Congreso no pudo celebrarse.

En el Congreso de Córdoba de la Sección Española, se acordó entre otras cosas su residencia en Alcoy, donde había un maestro de acrisolada inteligencia y abnegado, llamado Severino Alborracin. Con éste vinieron las persecuciones en 1874, prolongadas y agravadas en los primeros años de la Restauración por el funesto Cánovas del Castillo, el mismo que años después había de morir a manos del italiano Angiolillo.

También la Sección Española anunció el Congreso de 1873, pero la Comisión Federal estimó que ello era peligroso en extremo, tal como estaba el país de revuelto, y dio

un plan por el cual se salvaran todos los escollos y tuviera efecto, con el mínimo de riesgos personales y aún de dinero. Se dividió España en cinco comarcas, y se resolvió que en cada comarca se reuniese una Conferencia, a la que asistiría un delegado de la Comisión Federal para discutir el orden del día, se votarían resoluciones, se nombrarían los compañeros que habían de componer la futura Comisión Federal, y hasta se elegirían los delegados que habrían de acudir a los Congresos internacionales.

Se redujo, pues, todo lo posible el emborronar papel — toda previsión era poca—, se adoptaron claves, se suprimió el sello en las comunicaciones, y para los nombres de los componentes de la Comisión se empleó sólo las iniciales. No obstante, esta Federación Regional pudo hacer que apareciera un semanario en Barcelona —*La Revista Social*— más tres periódicos mensuales, éstos clandestinos: *El Orden* y *Las Represalias*, en Madrid, y *El Municipio Libre*, en Barcelona; publicaciones que, aún las dificultades que hallaban, salían puntualmente y llegaban a su destino en España y fuera de España. En todos estos periódicos escribía Lorenzo y no de los que menos.

Este núcleo de internacionalistas tenían al Gobierno en jaque, llegando Cánovas del Castillo a ofrecer considerables premios en metálico para quien descubriera los sitios donde

se imprimían los citados periódicos. Pero todo inútil. Ninguno llegó al bajo papel de delator, aun siendo muchos los que conocían el secreto.

En 1877 se celebró la Conferencia en Sans, siendo Anselmo Lorenzo uno de los delegados que asistieron, y en dicho comicio salió elegido miembro de la Comisión Federal, como asimismo para representar a la Federación Española en un Congreso internacional, que convocaban en París elementos autoritarios con objeto de deshacer la maniobra preparada; no asistió a él porque el Gobierno francés lo prohibió y metió en la cárcel a los firmantes de la convocatoria.

La Federación Regional Española, después de la crisis sufrida, se realizó fuertemente en el Congreso celebrado en Sevilla el año 1882; a pesar de todo el buen augurio que se preveía, no duró mucho la existencia de la Federación, decayendo poco a poco por causas múltiples que no hace el caso analizar aquí. Pero el movimiento reivindicador no murió, ni Lorenzo, a pesar de todas las pasiones y persecuciones, tampoco eclipsó.

Después de un lapso de tiempo sin que tuviera vida de enlace y continuidad en los organismos proletarios, tuvo lugar en Barcelona, el 3 de agosto del año 1907, una reunión de

Sociedades obreras, a fin de constituir la Federación Local denominada Solidaridad Obrera, estando representadas todas las entidades de la capital, quedando formado el siguiente Comité: Secretario general, Antonio Colomer; Bada Matamala y Jaime Bisbe, secretarios adjuntos; Ramón Lestan, tesorero; Avelino Sánchez, contador; Comisión de Propaganda, Emilio V. Santolaria, Enrique Farrás, Martín Martí, José Palau, Francisco Bonadent, Pedro Sánchez, José Ramón, Antonio Sayos y Arturo Sas; Comisión de Enseñanza, José Casasola, José Carreras, Francisco Carreras, Eduardo Calvo y José Cuyas.

Estos fueron los que pusieron el jalón a la nueva era orgánica, de la que había de surgir este movimiento emancipador y los que habían de plantar los puntales de lo que es la Confederación Nacional del Trabajo, siendo el 7 de octubre del próximo año cuando apareció *Solidaridad Obrera* semanal, donde no faltaron los trabajos de Anselmo Lorenzo y José Prats dando a conocer los principios y tácticas de la Internacional, el primero, y del Sindicalismo revolucionario el segundo, con su táctica de acción directa, Boicot, Sabotaje y Label, tan en boga y puestos en práctica por la Confederación General del Trabajo de Francia.

El 7 de septiembre de 1908 se constituía en Barcelona la Confederación Regional de Cataluña, a petición de la mayor

parte de entidades obreras de la Región, que querían unir su espíritu solidario en conjunto del proletariado de España, para luego, un año más tarde, constituir la Confederación Nacional del Trabajo. En el comicio celebrado en Barcelona el año 1908, Lorenzo mandó unas cuartillas orientándolo, las que fueron leídas a la apertura del Congreso, y de las que extractamos unos párrafos:

“Compañeros: Permitid que un delegado al primer Congreso obrero español celebrado en Barcelona en 1870, como si dijéramos un rezagado de otra generación saludé al primer Congreso de Solidaridad Obrera. Entre aquel y este Congreso, a treinta y ocho años de distancia, en que han ocurrido graves y trascendentales acontecimientos, hay analogía y hay continuidad”. Este saludo se halla íntegro en su libro *Evolución Proletaria*.

Y aquí finaliza la intervención de Anselmo Lorenzo en las Organizaciones obreras, unas veces personalmente y otras dando orientación y savia anárquica por haber llegado a una edad que le impedía hacerlo, como él deseara, pero no negó nunca a los que le pidieran consejo a un trabajo, estando siempre dispuesto a servir a los compañeros y a la Causa.

Lorenzo en la cárcel y en el destierro

No fueron, sin embargo, todo bienandanzas las que recorrió en su vida agitada. A cada estado anormal que sufría España, y por mejor decir Barcelona, correspondía casi exactamente una prisión gubernativa de Anselmo Lorenzo, unas veces en la cárcel y otras en Montjuich, padeciendo expatriación de su residencia.

Los primeros chispazos de persecución los sufrió durante el 1871, que el Gobierno francés excitaba al de España procediera contra los partidarios y amigos españoles de la Commune. Esta represión obligó al Consejo Federal español de la Internacional a poner a salvo los intereses morales y materiales que les estaban confiados. Para hacerlo así, se acordó fraccionar el Consejo, quedando dos individuos en Madrid y los tres restantes, con toda la documentación, pasarían a Lisboa.

Grandes sacrificios importaba esta desmembración, ya que todos tenían familia en Madrid, y que con las condiciones económicos que disfrutaban apenas podían ir viviendo, entrando en el extranjero sin recursos y sin relaciones, cargados de la responsabilidad como organizadores y propagadores de la Revolución social corrían graves peligros

Así pues, que el día del Corpus del año antes citado salieron de Toledo Mora, Morago y Lorenzo, atravesando el desierto de la Mancha y los eriales de Extremadura, en dirección a Portugal, dirigiéndose, en Lisboa a casa de un antiguo compañero del orfeón del Fomento de las Artes de Madrid, que se hallaba establecido en un tallercito de recomposición de paraguas y sombrillas.

Muchos y varios apuros pasaron durante la estancia de éstos tres internacionalistas en Lisboa, llegando inclusive hasta sentir hambre. No por eso se acobardaron en su labor, entrevistándose con Fontana y Antero de Quental, hablando de los principios de la Internacional y la forma de constituir en Lisboa un grupo adepto a ella de trabajadores. La primera reunión la celebraron en una barca, en medio del Tajo.

La semilla esparcida por los tres españoles dio su fruto, puesto que un año después, gracias al ardiente empeño, Lisboa contaba con diez mil asociados en las secciones de resistencia y Oporto unos ocho mil, como también se constituyeron en algunas ciudades más.

A causa de un soplo, la Policía se dió cuenta de la estancia, de los tres internacionalistas, y pronto tuvieron que cambiar de domicilio para no ser cazados, estropeándoles

todo su plan, hasta que tuvieron que salir para España e incorporarse al resto de los organizadores.

Hubo un período de relativa calma, hasta llegar al 24 de septiembre de 1893, con motivo del atentado contra el capitán general de Cataluña don Arsenio Martínez Campos, al revisar las tropas de la guarnición. Este hecho sirvió para detener y encarcelar a cuantos elementos conocidos de anarquistas, cayendo entre ellos Anselmo Lorenzo más el autor que no intentó escapar ni negar su acto pero afirmando, por otro lado, no tener cómplices ni encubridores. Montjuich se llenó de detenidos y empezó a ser famoso por sus mártires.

Poco después, el 7 de noviembre del propio año, al cabo de un mes que era fusilado Paulino Pallás, autor del atentado contra el general Martínez Campos, en el gran Teatro del Liceo, de Barcelona, en ocasión de inaugurarse la temporada de ópera, estallaron dos bombas en la sala de espectáculos, causando catorce muertos y heridos. El autor del atentado costó detenerlo y resultó ser Santiago Salvador. También, como en el anterior, sirvió para apretar en la represión contra el anarquismo.

Ocurrieron más: el domingo de junio de 1896, los sucesos de Cambios Nuevos, por la explosión de unos petardos

durante la procesión del Corpus, y cuantos elementos estaban tildados de tener ideas avanzadas fueron nuevamente detenidos y encarcelados, entre ellos Anselmo Lorenzo, conducido al castillo de Montjuich, junto con otros. En este famoso y triste castillo ocurrieron muchas cosas desagradables: tormentos, torturas y atropellos contra los detenidos, que llamaron la atención de toda Europa, promoviéndose campañas en pro de la liberación de los presos y castigo de los culpables atormentadores.

Anselmo Lorenzo, en el castillo maldito y fuera de él, cuantas veces cayó detenido y preso en la cárcel fue y se mantuvo sereno, firme y sin desmayar un ápice en sus ideas. Dice un autor que le acompañó en estas prisiones:

“Anselmo Lorenzo reunía todas las condiciones del apóstol. No le importaba el martirio. Seguía luchando. A una hora de atención le daba más importancia que al mayor de los apremios. Quería ser consultado y lo merecía.

Su carácter era un poco débil, debido quizá a su enfermedad del corazón. No tenía destellos de genio ni sentía inquietudes morales, pero en su cerebro había mucha ciencia infusa y mucha cultura

literaria. Fue uno de los mejores escritores con que ha contado en España el ideal anarquista”.

Estos renglones pintan bien el carácter dócil y modesto del Maestro; no daba importancia ni valor a lo que sabía, y sabía mucho.

Al ocurrir los sucesos denominados de la semana roja en Barcelona, fue también Lorenzo detenido y desterrado a Alcañiz, primero, y después a Teruel, conjuntamente con José Casasola, José Villafranca, José Robles, sus dos hijas Mariana y Flora y su compañera Francisca Concha; después de más de seis meses en esos pueblos inhospitalarios, volvieron a sus casas, sin pan ni trabajo, y del segundo fue porque Lorenzo era Lorenzo y no se le podía negar nada, volviendo a sus tareas una vez resuelto a abrir al funcionamiento de la editorial Escuela Moderna.

Y con penas y fatigas, nuestro héroe de la Internacional acabó su vida en uno de los días fríos de noviembre, siendo su muerte la más sentida y la pérdida más grande que ha tenido el proletariado. Pero si su cuerpo ha desaparecido, queda como una herencia positiva su. Obra.

La obra de Lorenzo

Extensa y varia es la obra literaria, relacionada toda con la propaganda de las ideas, la que realizó en su actuación Anselmo Lorenzo. Varia, porque desde el Manifiesto al cartel mural, el artículo y la conferencia, todo lo hizo. Sus libros, a excepción de *El Proletariado Militante* y su *Justo Vives*, todo pasó antes por el periódico.

Primero, en *La Emancipación*, puso a contribución de las ideas incipientes la forma como interpretaba todos los problemas a dilucidar en el campo social. En *El Condenado* también dio su inteligencia el valor de que era poseedor, demostrando bien pronto lo que más adelante podía dar.

En 1886 aparece en Barcelona la bellísima Revista que se llamó *Acracia*, donde se insertaron los mejores trabajos definidores del ideal. ¡Cuán gratos recuerdos se conservan de aquella Revista! Más tarde, apareció el semanario *El Productor*, para luego convertirse en diario, el primero que vio la luz en el mundo. En él hicieron sus armas en las letras, por primera vez, todos los jóvenes que luego hemos ido conociendo como viejos orientadores, como son Pedro Esteve, Pellicer Pereyra, José Prat, etc.

Anselmo Lorenzo era el alma y vida de todas las publicaciones que fueron apareciendo en el campo anarquista,

acudiendo también a cuantos certámenes literarios se verificaban, el primero y el segundo con el título de *Certamen Socialista*, donde se presentaron bellos ensayos de autores conocidos en el campo anarquista.

Lorenzo ha sido, sin duda alguna, el escritor anarquista más solicitado que ningún otro a colaborar en los periódicos, atendiendo a todas las publicaciones con escritos de su pluma y después de diez horas de trabajo agotador en la imprenta en tarea de atención tan concentrada como es la de corrector de pruebas.

Los trabajos de Lorenzo, escritos en limpio castellano, muchos llenos de emoción y sinceridad, son hoy, después de los años transcurridos, de palpitante actualidad, puesto que Lorenzo no fijaba tan sólo su vista el presente sino al porvenir.

Tierra y Libertad, el semanario más conocido de todos los anarquistas del mundo, fue en el que desplegó mayor actividad, petición de que Lorenzo no negaba a darle todo su inmenso caudal que poseía en su cerebro. Su casa de Barcelona estaba siempre visitada por el chico de la imprenta con pruebas y con originales.

Al aparecer por primera vez *Solidaridad Obrera* no dejó de publicar sus trabajos —que, dicho sea de paso, fue junto

a uno de los nuestros—; a Lorenzo se debe la iniciativa de la publicación del diario *Solidaridad Obrera*, colaborando en ella hasta los últimos momentos de su vida.

Entre los muchos diarios y semanarios que Lorenzo colaboró, fueron *El País*, de Madrid; *El Liberal*, de Barcelona; *La Protesta*, de Buenos Aires; *El Porvenir del Obrero*, de Mahón; *Revista Blanca*, primera época. Ya en funciones la Escuela Moderna, de la que era director Ferrer Guardia, dirigió y escribió en el semanario titulado *La Huelga General*, donde aparecieron artículos de polémica y combate, que todos creían de Ferrer Guardia, siendo salidos de la pluma de Lorenzo.

Dio a luz varios folletos y libros, entre ellos se cuentan: *El pueblo*; *Vía libre*; *Evolución Proletaria*; *El Proletariado en marcha*; *El poseedor romano*; conferencia de *El banquete de la vida*. *El Proletariado y la Humanidad*; *El Derecho a la Evolución*; *Acracia o República*; *La Olimpiada de la Paz*; *El Proletariado emancipador*, conferencia que dio en Madrid el año 1911, sin olvidar los dos volúmenes de *El Proletariado Militante*, de un valor histórico inapreciable.

En la Escuela Moderna, de la que era su principal colaborador, tradujo *Las aventuras de Nono*, de Prava,* *El hom-*

* Nota.- Realmente es de Jean Grave.

bre y la tierra, de Reclus, y *La gran Revolución*, de Kropotkine. Además, ayudó a Rafael Farga Pellicer en la redacción de la extensa obra titulada: *Garibaldi: historia liberal del siglo XIX*. Tuvo otras actividades en la propaganda por las ideas. Presidiendo el Ateneo Barcelonés el exministro de la República don Juan Tutan, se discutió una Memoria con el tema: "El Socialismo, ¿es contrario al progreso humano?", y se invitó a las distintas tendencias obreras a que por sus representantes tomaran parte en el debate, que era sostenido en castellano. Los compañeros de Barcelona eligieron a Lorenzo y a José Llunás, ios socialistas a José Caparó.

Nuestro compañero supo mantenerse a la altura de sus contradictores, hombres de profesiones liberales, avezados en las luchas literarias, filosóficas, económicas y del foro, siendo oído con agrado por muchos conceptos, y sobre todo, por su limpia y castiza pronunciación del castellano.

Esto fue Anselmo Lorenzo, el maestro, el precursor de nuestro movimiento anárquicosindicalista, y el obrero que jamás patronos y encargados tuvieron ocasión o pretexto para dejar de estar contentos de la cantidad y calidad de su trabajo, al que amó tanto como a las ideas y al Proletariado.

No sólo fue Lorenzo respetado de los obreros, sino idolatrado, siendo llorada su muerte en Barcelona y en todos los rincones de España y fuera de ella, a quien se llamó, y con mucha razón, *el santo laico*, y más aun: el hermano de todos.

MARIO POMMERCY

El Episodio ingrato de todos los luchadores

Este episodio que vamos a escribir es el que más nos desagrada y nos disgusta —como desagradó y disgustó al propio Lorenzo—, de todos aquellos de la vida accidentada que tuvo el gran apóstol de la Anarquía. Pero no hay modo de soslayarlo para que en este bosquejo histórico no falte nada a lo que respecta a la historia de este hombre sin par, honrado, digno, activo y consecuente en los principios ideológicos que desde su primera juventud prometió propagar y defender.

Pocos han sido los que se hayan librado de la calumnia o de la infamia, si éstos fueron unos elementos de actividad y de lucha, aunque las calumnias y las infamias no pueden destruirse más que por el tiempo, que se encarga de establecer la verdad.

Hemos conocido, a través de nuestra ya larga vida de militantes en las filas confederales, muchos casos que, por la maldad de los hombres saturados de un morbo pernicioso, causaron la desgracia de compañeros dignos, probados y honrados, separándolos de la vida de relación y fraternidad con los que convivieron y lucharon hasta donde pudieron sus fuerzas y sus medios.

Concretándonos al caso de Lorenzo, es más grave todavía, puesto que, además de ser una acusación malvada e injusta, fue la que dio motivo a que las fuerzas de la Internacional, Sección Española, se debilitaran y poco más tarde se anularan. Fue un golpe rudo lo que se dio al movimiento emancipador aquellas rencillas y aquellas querellas surgidas en el seno de los que más interés debían tener en sostener el crédito y prestigio de sus militantes.

“La obra desorganizadora —dice Lorenzo— de la Alianza fue mucho más rápida que la organizadora. Antes era necesario estar al tanto de todos los asuntos de la Organización, haber preparado las soluciones en reunión secreta y trabajar en el seno de las Secciones, Federaciones, Comisiones, Comités, Consejos, periódicos, Congresos y Conferencias, para obtener los acuerdos deseados. Después, bastó insinuar una calumnia en desprestigio de un individuo o de una entidad y servirse del correo para producir la hostilidad necesaria y conseguir el objeto deseado.”

Contra Lorenzo principalmente, y contra sus compañeros de Comisión federal, Gasull, Nácher, Alier y Vidal se levantó una tempestad de odio en Barcelona. Desvanecida en la Conferencia de la Comarca Cataluña, celebrada en Manresa

con la aprobación de la Memoria de la conducta y de las cuentas de la Comisión federal, se renovó después con la publicación de los acuerdos de las Conferencias comarcales y el nombramiento y constitución de la Comisión federal, fundándose en la acusación calumniosa de que Lorenzo había falseado la elección de la Comisión federal.

He aquí cómo recusa Lorenzo esa falsedad:

“La acusación, además de falsa, es absurda. El nombramiento se efectuó de la manera siguiente: En la primera Conferencia se designó como residencia de la Comisión federal, Barcelona; los delegados catalanes, muchos de Barcelona o de sus inmediaciones, conocían bien el personal y presentaron y votaron sus candidatos.” —Y agrega— “Poco me hubiera costado elogiar a uno y censurar a otro, determinando a los electores en el sentido de mi preferencia; pero no lo hice, lo que no obsta para que se me acusara de haber ejercido coacción sobre los electores para dar un pucherazo electoral.”

Y la enemiga contra Lorenzo y sus compañeros de Comisión siguió adelante, hasta el extremo de obligarles a dimitir de sus cargos y responder de sus delitos ante un tribu-

nal de honor, que tuvo lugar en un café de la barriada de Gracia, en el cual se hallaban los nuevos elementos de la Comisión federal, elegida a gusto y capricho de ellos mismos.

Hicieron sentar a Lorenzo, al noble y justo Lorenzo, en medio del local y frente a una mesa donde estaban los que habíanse convertido en jueces, quienes días antes eran compañeros de la Alianza. Se le interrogó y acusó duramente, defendiéndose Lorenzo de las acusaciones falsas y calumniosas con sencillez y sinceridad, viendo como uno de los compañeros, andaluz él, que le había dado a entender un apreciable cariño, y al cual le había enseñado gramática, de que quería detener la Organización obrera con falsedades por demás exageradas y ridículas.

Hecha la parodia de audiencia pública, le hicieron retirar de la sala, ausentándose Lorenzo "con la dolorosa sensación de ser mi entusiasmo por el ideal y mi constante trabajo recompensado, por segunda vez, con negra ingratitude".

Aquellos compañeros, idealistas todos, habíanse atrevido, dejándose llevar de pasiones insanas, a expulsar a Lorenzo del seno de la Federación Regional, por no se sabe qué crímenes, encargando a la Federación Local de la población

donde residía que le vigilase constantemente. No paró aquí la persecución a Lorenzo; comprendiendo de que no podía propasar tamaña iniquidad, puesto que era socio de la Sección Tipógrafos de Barcelona, federada a la Federación Local de la misma, trataron de expulsarlo de la Sección de oficio, recurriendo, nuevamente, a someterle a un jurado formado por la misma. El jurado —dice Lorenzo— se constituyó en casa de un antiguo amigo quien, convertido en enemigo, le tocó en suerte actuar de Presidente, dispuesto a sancionar a un hombre que había cumplido con su deber.

El motivo de la acusación fue el haber sido expulsado de la Federación Regional cuando debía haberse hecho una protesta contra aquella decisión, por no corresponderle tamaña iniquidad, sino haber propuesto el caso en el seno de la Sección a que pertenecía para que fuese ella la que determinara el caso en buena doctrina federalista. La acusación fue en aumento, y dejándose llevar de su soberbia, le expulsaron de la Sección, y así fue como Lorenzo pasó como esquirol, sin trato alguno con los demás compañeros de trabajo donde ocupaba la plaza de corrector.

Puede suponer el lector consciente cuántas amarguras pasaría el Maestro al verse tratado de esta forma por los mismos compañeros que él creía amigos y anarquistas.